

www.flacsoandes.edu.ec

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

ALGO SOBRE LA NOVELA

EN LA AMERICA DEL SUR

*(A propósito de Jorge Isaacs en  
el centenario de su nacimiento)*



QUITO—ECUADOR  
TALLERES GRAFICOS DE EDUCACION

1937



# ALGO SOBRE LA NOVELA EN LA AMERICA DEL SUR

(A propósito de Jorge Isaacs en el  
centenario de su nacimiento)

Por Alejandro Andrade Coello

Colombia-principesca por sus letras, vibrante por su lira, ágil por sus concepciones- ha sido privilegiado vergel de la novela, en el que la galanura y el aroma pictórico han purificado la atmósfera, alejando el mal gusto y la incorrección del lenguaje. En la atrayente y embalsamada fronda, no han faltado manos femeninas que han ido a recoger sus más hermosas flores. Orgullo de cualquier antología fueran los claros nombres de doña Josefa Acabedo Gómez, cuentista de relieve; de la brillante escritora doña Soledad Acosta de Samper, periodista, mujer docente y alada, digna compañera del inagotable José María Samper, la que dejara honda huella de su genio en "Los Piratas de Cartagena"; de Waldina Dávila de Ponce que transparenta la vida bogotana; de la poetisa doña Blanca Isaza de Jaramillo Meza que en sus cuentos sutilmente nos transmite las tristezas de la montaña; de Matilde Ocampo de Sánchez que desde Manizales moraliza a la mujer en novela que engrandece el hogar.

Telas de variados matices, adornadas con gracia y galanura de lenguaje, enriquecieron —como en galería de arte— las costum-

bres de variadas regiones colombianas. No fue todo sople romántico vivificador de los espíritus, sino también robustez de realismo confirmada por temperamentos equilibrados, en los que la higiene del alma era lo primero. Esa realidad fue numen de José María Vergara, Ricardo Silva, José David Guarín, José Manuel Groot. Entre los clásicos Restrepo se brillantó la fama del gran Emiro Kastos, tan genial en sus fotográficas visiones y tan leído en el Ecuador. Con habilidad y afán artístico fue discurriendo sobre la importancia de la novela en la historia Medardo Rivas. La tesis ha confirmado la cumbre de las evidencias, de tal modo que se ha repetido que hay novelas más verdaderas que la misma historia, la que, por su majestad, no se digna de bajar a lo minúsculo ni entra en nimios detalles.

Aun a riesgo de que la lista sea incompleta, no puedo menos que catalogar a Manuel Pombo, Ricardo Carrasquilla, José Caicedo Rojas, Lucio Pinzón, Rafael Eliseo Santander, todos de actividad imaginativa.

Enriqueció el género José Manuel Marroquín. Suficiente sería, entre sus novelas, aquilatadas por el estilo, "El Moro", ejemplar pintoresco, para que se contemple de bulto su labor concienzuda y observadora. Hasta los poetas, gustosos pagaron su tributo al ameno discurrir, corto y nervioso, como el inmortal José Asunción Silva de los "Nocturnos" en sus hojitas "De Sobremesa".

Como regalado fruto de su feraz comarca, desplegó el llamativo manto de Antioquia Tomás Carasquilla. Se afanó en dar realce a las costumbres campestres, recorriendo tierras cálidas, Luis Segundo de Silvestre, como anduvo también por zonas abrasadas Medardo Rivas, siguiendo a los trabajadores. Aprovechó bien sus "Tres semanas" José David Guarín.

Todavía la falange no termina, . . . ¿Os fatigo? Cortando la hojarasca y la pornografía, me atrevo a traer aquí a Vargas Vila, siquiera con sus "Copos de Espuma", "Flor de Fango" y "Aura o las Violetas", que son tomitos inofensivos para la ética y la gramática.

Apenas anoto —pidiendo un poco de paciencia— a Evaristo Rivas con su "Sueño de Amor"; a Samuel Velásquez con "Madre" traducida a algunos idiomas; a los hermanos Ortiz con "María Dolores" y "Carolina la bella"; a José María Rivas Groot con "Resurrección"; a Luciano Rivera con sus cuentos.

Rafael Arango Villegas nos traslada con naturalidad de la pobre asistencia a un hotel decente, para contornear tipos como la mujerona Petra Sánchez, el inconfundible gallero Silverio Antonio, el turco mercachifle Salvador Cafure, etc; todos de "Asistencia y Camas" que atiende al lenguaje folklórico.

¿Qué loa componer acerca de la original "Manuela" del singular Eugenio Díaz, novela que fue revelación artística que venía a agigantar a su humilde artífice?

Al Dr. Simón Latino se debe su novela "Sacrificio" y a Alfredo Gómez Jaime "El explorador del Infinito", novela teatral.

Por lo ligeramente expuesto, el menos creyente se convencerá de que Colombia ha alimentado —con jugosos frutos de valioso muestrario— la literatura americana, velando siempre por la galanura y pureza del lenguaje. Sus vocabularios dan voces regionales, neologismos indispensables, caracterizaciones sui géneris: pero no autorizan la corrupción del idioma con términos que demuestran incorrección en el hablar. Tal la depuradora campaña del gran Rufino José Cuervo en sus "Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano", en las que dejó sentado que "nada simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua" ...

Sus poetas no agotan la fresca inspiración que tan alto les sitúa en el Parnaso. Constantemente cuadros de costumbres, cuentos y novelas enaltecen la cultura espiritual del pueblo. En su ilustrado periodismo hallamos a diario muestras vigorosas de la devoción literaria que ameniza las páginas informativas y va desde el verso armonioso a la crítica de arte, a la polémica erudita, a la creación hermosa e imaginativa.

En los tiempos modernos un libro real y emocionante ha viajado triunfalmente por América, fatigando la crítica y la faena de las casas editoras. Lo engendró un magnífico poeta, cantor de la naturaleza, que más tarde, junto con su himno a la selva, delataría los horrores que allí se cometen. Me refiero a "La Vorágine" de José Eustasio Rivera. La salud ufano hace más de diez años al estudiar la novela nacional. Entonces dije que la sugestionadora obra era "la historia patética y real de los caucheros de las infortunadas bestias que son explotadas bárbaramente en la desesperante soledad de la maraña tórrida, lejos de la moral, de la ley, de la justicia, de la piedad humana. La sed del oro en el que se transforma ese líquido lechoso arrancado a la selva, tienta al crimen y a los sucesos más inauditos. Hace algún tiempo, en nombre de la civilización —recordé entonces— la prensa de Inglaterra denunció los crímenes ocultos e impunes, repugnantes y repetidos que se cometían en el intrincado Putumayo: martirios, matanzas, robos, esclavitud, trata blanca, hambre, desnudez, salvajismo. Estos cuadros horrorosos y sangrientos como visión dantesca se suceden en "La Vorágine". Se presenta como limador de las manuscritos del infortunado y talentoso Arturo Cova que fueron remitidos al Ministerio de su patria por el Cónsul de Colombia en Manaos. Esta circunstancia y el fragmento de

la torturadora carta que reproduce, contribuyen al mayor interés, al despistamiento, a la seducción del libro, que desde sus comienzos se apodera del lector, llevándole por parajes desconocidos, habitados por la desolación y el exterminio: tumbas rodeadas de maleza. Desde que el protagonista Cova sale, con Alicia, de Bogotá hacia el Casanare, hasta la odisea en busca de la madre infeliz y el ansia de sanción para el feroz Barrera, todo impresiona y despierta curiosidad creciente. Rápidas descripciones, sinietros brochazos, vivas hipotiposis, darían motivo para más extensas narraciones, que el autor las sintetiza hábilmente, desplegando, como en cinematógrafo de pesadilla, una cinta fatal, que acumula protestas y lágrimas.

Otra novela de reciente fecha "La Risaralda" ha levantado polvareda, porque denuncia al mundo la triste condición de los negros, al mismo tiempo que da a conocer su alma compleja, que sólo se ve subyugada por el valor. La muerte para ella es cosa de juego, un acto de trámite natural, si de la conquista de una mujer se trata. El vencedor —después de retirados con impavidez los sangrientos despojos— queda en el campo como un semidiós al que todos acatan, hasta que un nuevo Hércules u otro Aquiles acometa la hazaña del combate y del codiciado femenino hotín.

Sáldanse las diferencias a machetazo limpio. Epicos, salvajemente épicos, son los desafíos, ante el corro o cancha de partidarios de uno u otro rival, que presagian para el de su simpatía la victoria. Se dan casos de ingenua nobleza en que el moribundo vencido estrecha la mano del vencedor, satisfecho de la valentía del émulo al que da consejos, ante la experiencia ya sin remedio, de que vaya por la senda del trabajo, en vez de buscar la del mal que la policía no perdona.

El autor de Risaralda, el vibrante escritor Bernardo Arias Trujillo, bautiza a la novela de "película de negredumbre y de vaquería, filmada en dos rollos y en lengua castellana." Abunda en magistrales cuadros de la vida campestre con sus rudas labores, sobre todo en invierno, cuando la llanura está encharcada. "El llano para el vaquero de veras —observa— es como Atenea: no se puede renunciar jamás a su influencia. El que lo conoció de niño con goces de libertad, el que aprendió a modular las primeras palabras en el caramillo de sus vientos, el que jugó en su infancia con potros amigos y volubles terneras de fresco hocico caricioso, el que aprendió inmensidad divisoando la extensión sin límites, sufrió penas de amor y tuvo ausencias desollantes, si se va un día de la tierra plana, fatalmente habrá de retornar a ella, en busca de su regazo, llamado por voces irresistibles".

Trató Arias Trujillo de imprimir selo original a su técnica novelesca, a su sentido canto al criollaje caldense. Dirigiéndose a sus representantes, cálidamente les endilga su dedicatoria, como a raza adolorida y paria, carne de fusiles y azotada por el amo. "Raza mártir y padecida: son para vuestros vástagos estas saudosas cláusulas de elegía, como un responso fraternal y colombianoista, y como un canto llano a vuestra grandeza moribunda".

Sólo me concreto a estos dos salientes libros: a "La Vorágine" y "Risaralda", para apuntar las nuevas tendencias de la novela colombiana, tan distantes ya de "María".

De intento no he citado algunas producciones de Fernando González, como "Don Atrocetes", "El riemarrouta dormido" y especialmente "El Remordimiento" en que ensarta problemas de teología moral, porque, según le escribe Alfonso González, la obra "es plato demasiado fuerte para Colombia". Se expresa el autor crucialmente de su patria, después de sentar esta frase: "Para los colombianos, yo soy pornográfico".

Con la novela de Isaacs no hay ningún temor. Puede ponerse en manos de la juventud y convidar que entre a todos los hogares. Supremo elogio constituye esta circunstancia, no porque se quiera dar a entender que es sensiblera, como las que acostumbran las escritoras inglesas a que atude la Condesa Pardo Bazán, ni porque se suponga que abunde en consejos morales y parratadas dogmáticas. Todo lo contrario, el libro es de amor; pero en él la pureza de sentimientos está encubriendo al romanticismo hoy tan arrinconado. "La narración de Isaacs es humana, circunstancial, gráfica. El héroe cuenta su amor y su amargura. Ninguna fibra del alma deja de vibrar en su dolorosa historia, ningún incidente externo olvida, y todo es eficaz porque todo es sincero: se siente en ella una vitalidad palpitante y predispone al lector, no sé por qué modificación simpática, de la sensibilidad, a reproducir como una lámina brunida y sonora, las iluminaciones y los acentos de la pasión narrada", anota José Manuel Estrada. Otro Estrada, Santiago, la introdujo en la Argentina, haciéndola encomiar de Juana Manuela Gorriti, Pedro Goyena, Miguel Cané, etc.

El escritor argentino Ernesto Morales — que aprecia con medida crítica a la novela— recuerda una anécdota que es de significativa recomendación: "No falta quien afirme, dice, que el más celebrado poema de Núñez de Arce, "Idilio", tiene su fuente en la novela del escritor colombiano". Y agrega pintorescamente: "Uno de sus críticos y admiradores afirma que en 1913, al llegar a Iquitos, cuando la fiebre del caucho, y a él convergían hombres de

todas las razas y de todas las clases, se admiró de ver en una librería grandes hileras de la novela de Isaacs. El librero se explicó: "Es el libro que vendo más, ningún cauchero se interna en las selvas sin su "María". Ésa es la gloria —comenta el admirador—, escribir con sangre o con lágrimas un libro que lo mismo sea apreciado por los epicúreos de las letras en sus suntuosas moradas que por los pobre gañanes en sus cabañas."

Páginas ingenuas, espontáneas, brotes del alma sin asperezas todavía, amor de los primeros años, la novela concluye como muchas otras del género sentimental: con la muerte de la candorosa, de la angelical protagonista, mientras está ausente su novio, el gentil mancebo que "estremecido en fuga pavorosa que dilatan sus ímpetus inciertos, se aleja por la pampa tenebrosa que dilatan sus horizontes muertos", según el verso rotundo de J. B. Jaramillo Meza en "Alma Helénica". El poema habla al espíritu, por más que poetice a su "azucena del Valle, novia pura", de quién agregó el citado poeta: . . . "rodar marchita tu esperanza viste: ¡un gajo de ciprés sólo tuviste y un regazo de amor; la tierra oscura! Entre todas las novias inmortales ceñida de diademas virginales, ninguna como tú, virgen caucana". Empero no se ve en él nada que pudiera ser inverosímil. Todo lo contrario, las situaciones dejan la impresión de haberlas sentido, de haber contemplado los cuadros, por más que no conserve la moda un proceso amoroso tan pasional y desinteresado, libre de todo sabor sensual, redimiendo del menor cálculo. Regresa el estudiante a la casa paterna, forjándose ilusiones acerca de su pristino amor, tan hondo, tan lozano. No obstante, se diría que el sutil soplo de la fatalidad le agobia. Algo presente, cual lejana tempestad que va aproximándose. El peregrino vuelve con el alma poblada de sueños, pero a ratos la siente desgarrada. Su psicología es transparente y la comunica sin ambages a los lectores, con admirable claridad, que no requiere circunloquios. Copiaría muchos trozos; pero para mí comprobación, bastan éstos: "Apeéme —murmura Efraín, como si nadie le escuchara— para pisar aquel suelo donde dije adiós para mi mal a mi tierra nativa. Volví a ver ese valle del Cauca, país tan bello como desventurado ya. Tantas veces había soñado divisarle desde aquella montaña que después de tenerlo con toda espléndidez, miraba a mi alrededor para convencerme de que en tal momento no era juguete de un sueño. Mi corazón palpitaba aceleradamente como si presintiese que pronto iba a reclinarse sobre él la cabeza de María; y mis oídos ansiaban recoger en el viento una voz perdida de ella. Fijos estaban mis ojos sobre las colinas iluminadas al pie de la sierra distante donde blanqueaba la casa de mis padres".

Este pasaje —dentro de la relatividad del parecido— halláramos en "Pablo y Virginia" de Bernardino de Saint-Pierre, en "Rafael" y "Graciela" de Lamartine; en tantas novelas dulzotas y sentimentales. Sin embargo, en el conjunto, nos emociona todavía. Tomamos el libro con afecto, como cosa predilecta que tenemos olvidada en un rincón y que al verla nos transporta a otros mundos por mágica asociación de ideas. A cada momento nos acarician suavemente las blanduras del espiritualismo y la añoranza. Vuelve a sonar el arpa misteriosa de Bécquer.

Sabe el sin ventura la fatal noticia, que poco a poco le va transmitiendo el cariño fraternal.

No resiste a tantas sensaciones que agotan su pobre vigor físico. Caen en el lecho, enfermo del alma y del cuerpo. La fiebre le devora. Impávido transcurre el tiempo. El país, visto imparcialmente por los coloristas, es el mismo. Las semanas que vuelan están recalcando su retorno .... Diríase que inanición y mutismo le consumen. Se halla como paralizado, cual queda el que de súbito le sobreviene una catástrofe que no le da tiempo a reaccionar. El suplicio se prolonga. "Los días y las noches de dos meses habían pasado sobre su tumba y mis labios no habían murmurado una oración sobre ella, musita exánime. Sentíame aún sin la fuerza necesaria para visitar la abandonada mansión de nuestros amores, para mirar aquel sepulcro que a mis ojos la escondía y la negaba a mis brazos. Pero en estos sitios debía esperarme ella allí estaban tristes presentes de su despedida para mí que no había volado a recibir su último adiós y su primer beso antes que la muerte helara sus labios. Emma fue exprimiendo lentamente en mi corazón toda la amargura de las postreras confidencias de María para mí. Así recomendada para romper el dique de mis lágrimas, no tuvo más tarde cómo enjugarlas, y mezclando las suyas a las mías pasaron esas horas dolorosas y lentas".

La marcha psicológica va por escalas, obedeciendo a los estímulos de las conversaciones íntimas. En medio de la transcripción doliente, se aprecia la rara cualidad del arte supremo: la sinceridad, unida a la luz meridiana de sus frases, que ni el dolor las ofusca ni las obscurece. El pensamiento es categórico, porque le engendró el criterio de verdad. Por esto, es transparente y emotivo; por esto cumple el precepto horaciano de llorar antes, para que se enternezcan los demás.

No habría nada de notable en que, presa de infinito duelo, se parta al fin para Europa, a distraer con el largo viaje su fatigada fantasía. Pero lo que da originalidad a esta resolución —tan común por otra parte— es que las remembranzas que en tropel acuden, le sitúan, con viveza de colorido, en el teatro de sus ruinas

amoras. "Ya empezaba a oír, dice, el ruido de las corrientes del Zabaletas: divisaba las copas de los sauces. Detúveme en el asomadero de la colina. Dos años antes, en una tarde como aquella, que entonces armonizaba con mi felicidad y ahora era indiferente a mi dolor, había divisado desde allí mismo las luces de aquel hogar donde con amorosa ansiedad era esperado. María estaba allí . . . ya aquella casa cerrada y sus contornos solitarios y silenciosos: entonces el amor que nacía y ahora el amor sin esperanza".

Recordando iba todos los dulces sitios otrora acogedores: aquí la piedra donde alguna vez sentáronse con su prima; allá el huerto en el que solían pasear; más lejos ese umbroso árbol, en la lejanía el río y sus remansos, volvía a contemplar las aves que le distrajeran con sus trinos; entraba de rondón a sus ojos la misma auro-  
ra que ya no era, con todo, la de aquellos días; bajaban sobre la tierra, como sobre su espíritu, las sombras del crepúsculo.

El poema cobra relieve y se presta para reproducciones de la paleta magistral. La sencilla poesía que como flor maravillosa se abre en un rincón de la naturaleza colombiana, consigue, como murmuradora fuente, refrescar nuestras mentes, apostrofa después a las conciencias, con la amable y musical trova del amor casto y virgiliano, égloga y elegía.

Desde la lejana época en que se publicó *María*, la novela no sólo de Colombia sino de América, ha tomado otros rumbos. Aun antes de la guerra europea se acentuó el realismo. Salieron a relucir por el Nuevo Mundo cuentos cortos y largos, muy descarnados y desconsoladores. El Uruguay pintó, con brochazos de fuego, sus revoluciones en los pastos entre blancos y colorados. Al implacable luchar de los partidos tradicionalistas se sumaron los hábitos del gaucho, los dramas en los pagos, la vida campestre. Se esfumaba el "Embrujo de Sevilla" de Revles y llegaban las obras de Salaverri, González Barbé, Montiel Ballesteros

Atrás quedaban los cuadros camperos de Otto Miguel Cione. Se alejaba el iniciador del naturalismo Mateo Magariños Solsona que en "Valmar" se pronunciara contra el romanticismo. ¿Para qué citar a los magníficos Javier de Viana y Horacio Quiroga? Robusto el realismo de Gustavo Gallinal, lo fue también el del hacendado millonario que evolucionara desde "Beba" hasta las descarnadas y justicieras novelas "La Raza de Cain" y "La Muerte del Cisne". Horacio Maldonado, del que se afirmó que había recibido como herencia la docente pluma de Rodó, rinde también tributo a la novela. Vayan al fin los nombres de Juan José Morosoli, Pedro Leandro Ipuche y la autora de "Tangó", la poetisa Carmen Piria, que también concibiera "El hijo ajeno", dolorosa

historia de "la eterna debilidad femenina, víctima del engaño artificioso de una falsa pasión".

El pensamiento argentino —donde tanto se escribe— ha sido vivificado por uruguayos, en la prensa, el cuento, la crónica. Contribuyeron con su labor a la cultura general que fue a reilejarse en grandes periódicos de Buenos Aires. A su vez argentinos pasaron a la banda oriental en épocas difíciles. El mismo Rodó fue contratado por una ingente revista semanal: "Caras y Caretas". Allí está Juan José de Soiza Reilly, natural de Paysandú, genial para sus entrevistas, original en sus cuentos; allí el narrador de la muchachita gaucha y de los comprendidos en Yuyos, Macachines, Cardos: allí Quiroga. "Javier de Viana y Horacio Quiroga, son, evidentemente, los dos cuentistas uruguayos de mayor importancia, observa el notable crítico Zum Felde. Podemos decir "rioplatenses", puesto que la Argentina no presenta otros más importantes entre los propios". Viana murió pobre y casi olvidado no obstante haber sido el creador del campesino Gurí. Durarán de Quiroga sus cuentos de Misiones. ¿Cómo olvidar "El Solitario", que tanto impresiona, en el que el judío Kassim, clava el diamante de aguzado engaste en el corazón infiel de su mujer?

Diéronse a tratar del criollismo sus grandes poetas. No es posible prescindir de los versos de Mitre que describe cuadros gauchescos, de Juan María Gutiérrez que canta al payador, como Rafael Obligado; de Hilario Ascásubi con su Santos Vega, de José Hernández y su Martín Fierro, de "filosofía propia y original", más pesimista que la de Schopenhauer según modernos estudios; de Estanislao del Canto con Aniceto el Gallo, etc. El educador y gobernante Sarmiento sacó a lucir su Facundo Quiroga y nos entretuvo con sus recuerdos de Provincia.

Pero el que de lleno se volvió célebre en la novela con la trágica "Amalia" fue el poeta José Mármol que con sus patéticos episodios de la época de Rosas, caracteriza sombríamente al tirano y arranca protestas de indignación sin que halláramos racional argumento para explicarnos el que se prolongara situación tan cruel y humillante, que llega al crimen grotesco e insistente. Trazan cuentos y novelas Martín García Merou, Esteban Echeverría, Vicente F. López. Plantea la educación femenina Eduarda Mansilla de García, en "El Médico de San Luis" que ilustrara el seudónimo de "Daniel". Realista en la novela despunta Eduardo Gutiérrez.

Carlos Octavio Bunge, educador, dramaturgo, jurista, entra en el campo novelesco para darnos, junto con sus narraciones fantásticas y reminiscencias clásicas, copias del ambiente y de la cuita social.

Naturalistas son Eugenio Camaceres, Lucio V. López, Manuel T. Podestá, José Miró, etc. Abundante la producción de Carlos María Ocantos, de asuntos argentinos en general, inclusive las peripecias de los inmigrantes. Emma de la Barra se ocupa de la sociedad bonaerense. Costumbristas son Joaquín V. González, M. P. Leguizamón, José S. Álvarez, más conocido con su nombre de guerra de "Fray Mocho", Godofredo Daireau, Roberto Payró, Martín Gil. Álvarez en el Viaje al país de los Matreros pintó naturaleza y costumbres de la selva de Montiel, y en *Mar Austral* soñó con regiones que acerca a nuestra visita por su potencia imaginativa.

Manuel Gálvez que en volúmenes emocionantes destaca las guerras del Paraguay, tija escenas cordobesas, descubre el doloroso y empañado velo de las grandes ciudades, diagnostica el mal metafísico y de la novela lleva al teatro a la atormentada Nacha Regules.

La Argentina provoca concursos literarios y adjudica premios nacionales cada año. El correspondiente a 1929 se acordó en segundo término a Manuel Gálvez, contrariando la opinión pública. El gran novelista, en carta dirigida al Ministro de Instrucción Pública en 27 de Noviembre de 1932, renunciaba el segundo premio, aunque su situación económica era difícil en esos momentos. Se trataba de veinte mil pesos, pero creía que esa recompensa era injusta. "Considero, señor—decía— que al acordármelo el segundo premio, se me ha hecho un agravio y se ha cometido una enorme injusticia; y puedo afirmar que ésta es también la opinión de todas las personas sensatas e imparciales".

Aspectos históricos y revolucionarios, sobre todo los relativos al tiempo desconcertante de Rosas, agitan el intelecto de Gustavo Martínez Zuviría, más conocido como Hugo Wast. No ha mucho combatió el dominio económico de los judíos, en obra fantástica que hiperboliza el poder del oro en manos de familias hebreas y el engañoso intento de obtenerlo por medios de artificio, como aquellos obsesionados alquimistas medioevales.

El magnífico poeta Capdevila evoca también a Rosas, suavizando el cuadro con "la dulce y poética presencia de Manuelita de Rosas y Ezcurrea, alma taciturna y buena"; nos lleva a Córdoba donde impera el Capitán General Manuel López, apodado el Quebracho y nos dispone a asistir a las vísperas de Caseros, que no fue una batalla, "sino una retirada vergonzosa, un desbande", al decir de un viejo sobreviviente. Con pluma vibrante, filosofa sobre la tiranía de Rosas que fue "un estado de cosas que procedía de la época colonial; un estado de alma que procedía de ese torbellino caótico que se llama nuestra revolución. Revolución tan

contradictoria y azarosa que en su entraña misma llevaba la contrarrevolución". Ya Sarmiento había sentenciado que "Rosas y todo su sistema fue un aborto de la estancia".

Manuel Gálvez se sorprende al leer "Las puertas de Babel" de Héctor Pedro Blomberg y espontáneamente elogia su talento. Tiene al libro como uno de los más bellos, sin trivialidad, de local colorido y marco porteño. Del tiempo de Rosas es *La mula del Restaurador*, Paulina Varela, pretendida por Cirilo Reyes. Fusilado éste, sale la hermosa mulata de la mansión suestra donde sirviera. Bien delineados están los tipos de esta novela.

Bernardo González Arrili, que gusta también del localismo, nos dibuja "La Venus Cachalqui", premiada en un concurso municipal. Sus "Charcos Rojos" es moderna novela del puerto de Buenos Aires. En otra describió la invasión de los ingleses a la Capital. No descuida los cuentos criollos.

Numerosos cuentos y crónicas se deben al bonaerense y revolucionario Alejandro Sux.

Desde Tucumán, hizo sonar su voz el Dr. Juan B. Terán. La Universidad que fundara en su ciudad nativa le tiene como su rector.

No omitimos a Manuel Ugarte con sus múltiples labores, cuentos de la pampa traducidos al francés, etc.

De Benito Lynch, tan fecundo, el público ha elegido los trágicos "caranchos". En *D. Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, pasa por la pampa el gaucho a escape en su caballo, añorando sus dominios, el mate en el rancho y la aspiración a una estancia. "Casi toda la novela —observa Medardo Vitier— está estructurada por una serie de cuadros. Son las andanzas del joven que se hace donador, maneja el lazo, lleva con donaire el poncho, conduce su tropilla, sabe de taperas y de montoneras y al cabo, cuando un llamamiento a la vida civilizada lo hace volver a Buenos Aires, con motivo de un legado, se siente sacudido en lo vivo de su psiquis. La pampa ruda lo ha hechizado, porque lo ha formado".

Carlos B. Quiroga que entra en el pueblecito de Frambalá a examinar la raza sufrida y seguir las proezas del bandolero Quilpidor, nos aupa por los cerros nativos, traza el panorama montañés con maestría, describe la naturaleza argentina, sus representantes zoológicos y elogia bellamente al cóndor.

Alejandro Magrassi cuenta el coraje del gaucho, la vida argentina del agro, el sufrimiento de la ternura gaucha y ostenta telas costumbristas de vivo matiz. Su modo de decir, "vívaz, gráfico", seduce, en opinión autorizada de Salaverri. Su reciente producción es la aflictiva historia de Guanita, la muchacha correntina, hija de Estelo Juárez, que va a Buenos Aires contratada para el

servicio en casa de doña Marta. Conmueven los episodios a lo vivo narrados.

Alberto Ghirardo provoca estremecimientos trágicos en "La novela de la Pampa" con las torturas a la raza vencida, la crueldad con la nueva, el criminal y engañoso fusilamiento a los presos evadidos, entre los que hay un inocente que muere riéndose.

Ultimamente Max. Dickeman, en su novela que por antonomasia llamó "Madre América" nos conduce al río, a tomar parte en las peripecias de los lancheros y después al poblacho.

Legión de juveniles escritores argentinos espiga en dilatados campos como sus pampas.

Chile gozó por muchos años de los bienes de la paz que parecía inalterable en país tan serio y de iniciativas, en el que fábricas y trabajos mineros han engrandecido su economía. El espíritu emprendedor de sus hijos y la disciplina que se pensaba no iba a alojarse nunca, le llevan por senderos positivos y firmes. En Chile abundan los historiadores que gustaron de la comprobación de los hechos. Los temas científicos fueron mayores que los meramente especulativos. Por esto la floración novelesca no ha regado sus semillas en abundancia. Citaré, con todo, a José Joaquín Vallejo, o sea Jotabeche, que se rió del romanticismo, como "el artículo más barato que Chile importara de Europa" y enfocó su lente hacia las duras minas de la región de Atacames, entre-sacando tipos maleantes. Dió en la Capital chilena miradas urbanas retrospectivas Vicente Pérez Rosales que anduvo por la cordillera andina. El poeta Guillermo Blest Gana, cultiva también el cuento, lo mismo que Federico Gana, Baldomero Lillo, Marta Brunet, Rafael Maluenda, Guillermo Labarca H.

Emilio Rodríguez Mandoza estuvo en Quito y añoró las cosas viejas de la querida ciudad. De su época juvenil es "Última Esperanza". Después trató de la vida conventual y por último se cionó más a lo propio, a Chile, y exteriorizó sus lacerias.

Fernando Santiván, dibujó perfectamente a la hechizada campesina denominada Humilde, dando brochadas a la barbarie huasaca. Poetiza en sus novelas Pedro Prado.

Discutida fue la obra "Casa Grande" de Luis Orrego Luco. En otra mostróse revolucionario al romper la tradición aristocrática. Sacó también argumento de la era de la independencia chilena. Hay palpitaciones de la pampa trágica en Víctor Domingo Silva; del océano, "el puro mar chileno sin mezcla alguna" en Mariano Latorre; del folklore que emplea el tío Ventura en Ernesto Montenegro; de los presidiarios de la colonia penal junto al mar bravío en Eugenio González; del roto en Antonio Orrego Barros. Después de trasladarnos a Quillota e Iquique, viénesese a Santiago E-

duardo Barrios a leernos páginas de un pobre diablo, el muchacho que corta sus estudios en el Instituto Pedagógico y va a aburrirse en una casa de pompas fúnebres. También toca la vida conventual seráfica. Por el barrio de Santiago nos conduce Alberto Romero, siguiendo las memorias de un amargado y los soliloquios de un hombre que se extravía. Escribe obras históricas y genealógicas Luis Espejo que en lo novelesco busca a los amigos de Gómez Barbadillo. Al periodista González Vera pertenece "Vidas Mínimas".

Modernísimos son el doctor Juan Marín Rojas, médico y marino, con sus novelas que describen exóticas tierras australes de Chile, del Canal Beagle a Chiloé y Magallanes, aspectos tristes del obrero que devora su miseria, cuadros marinos, y el maestro de escuela de Linares Carlos Sepúlveda Leyton, el de las amarguras del roto en germen. niño callejero de conventillo que ambula por el barrio del Matadero de Santiago, sin más complacencia que su perro ñato, "su hermano indudablemente", según el chicuelo.

Para la crítica severa de Luis Alberto Sánchez —al que ha tiempos conocí en el Ecuador— y José Carlos Mariátegui, la novela ha pasado poco menos que inadvertida en el Perú, olvidando quizá "La Serpiente de Oro" de Ciro Alegría y sin reconocer las aventuras de Juana Manuela Gorriti de Belzú, que aunque argentina, dejó su incásica "Quena". Javier Prado preludea ensayos sobre la vida nacional peruana. Cuentista de ágil estilo es Ventura García Calderón. Unamuno, literato notable, que muriera amargado por la suerte de su patria, prologa los cuentos que Clemente Palma bautizara de malévolos. Su ilustre padre don Ricardo, poeta y creador —por su número y excelencia— de la tradición, perpetúa con estilo clásico e inconfundible, las peruanas. Sus numerosas series de "Tradiciones" son joya de la literatura y se codean con la historia. Reviven viejos tiempos coloniales y se refrescan los de la gesta magna. Valdelomar, Enrique López Albuja, Luis Valcárcel son partidarios de argumentos incaicos. Novelistas Manuel A. Bedoya, que cultiva el drama y también el dramaturgo Felipe Sassone. De corte cervantino aparece Emilio Gutiérrez de Quintanilla. Se ocupa en el pueblo del sol, en los incas del Cuzco, Augusto Morales Aguirre. No pasará en alto a la gran escritora Clorinda Matto de Turner que valientemente denuncia en "Aves sin nido" los abusos civiles y eclesiásticos. Viven las enseñanzas doctrinarias y gramaticales de González Prada en el Perú. D. Abelardo Moncayo le parangonó con Montalvo. Está de moda el indianismo, aunque no sentara sus reales el tema criollo. En el Perú el magno espíritu de Aurora Cáceres ilustró el nombre de

**Evangelina.** En sus crónicas "La ciudad del Sol" desfila el Cuzco de esmeraldas colinas, casas edificios solariegos, etc.

En Bolivia se aclimata el romanticismo en sus poetas. De la novela apenas puedo citar a Juana Manuela Gorriti, y a Abel Alarcón, viajero infatigable que ensavara la novela incaica. Prologa Arguedas "La Candidatura de Rojas" de Armando Chirveches. Entre los jóvenes figuran Tamayo, Alarcón, Carlos Medinaceli, Roberto Prudencio, Pinto Escalier, Finot, Franco y Fernando Diez de Medina que nos ha hecho conocer a los pintores bolivianos y ha elogiado a Franz Tamayo, "el más grande que Bolivia haya dado a América".

De la tragedia del altiplano hay constancia en **Tristán Marof**, seudónimo del autor de "Suetonio Pimienta", memoria de un diplomático de la República de Zanahoria. También le atañe su estudio social sobre la nacionalización de las minas de Bolivia, que tiene el título de "La Justicia del Inca".

Hemos dejado para el último al escritor, sancionante y resuelto, Alcides Arguedas, que ha delatado las dolencias de su patria y las angustias del pueblo enfermo. Es la cúspide más representativa en la meseta boliviana. Nos condujo por la puna inclemente en su "Raza de Bronce", aproximándose a la mina devoradora de hombres.

En Venezuela, rica en héroes y tribunos de magna elocuencia, una de las causas para el arraigamiento de la novela nacional fue la lectura de María, donde tanto se difundiera. A la vanguardia van en pensiles románticos Fermin Toro y José María Manrique. Leyeron mentes juveniles a Zola y Darwin, y una de ellas, la de Tomas Michelena. Muéstrase psicólogo el cuentista José Gil Fortoul. Después de trasportarnos a los viejos siglos helénicos, César Dominici regresa al país y se inspira en su literatura. En ésta se arraiga "Peonia" de Manuel Romero García. De no ser este trabajo de síntesis, dedicaría gustoso largo capítulo a Gonzalo Picón Febres que se afanó en el estudio de los americanismos, velando por la lengua castellana, que reveló en sus poesías las bellezas de su alma, que analizó una centuria literaria de su patria, que atesoró la novela en terreno propio, con frutos ubérrimos.

Palpita el criollismo en "Los Rotos" del artista Manuel Díaz Rodríguez y en "Todo un pueblo" de Miguel Eduardo Pardo. Enérgico y delator es Rufino Blanco— Fombona que se alejara a la Península huyendo de las iras de Juan V. Gómez, al que puso de oro y azul en sus novelas de hierro como "Máscara heroica".

No podemos omitir nombres de prestigio como Rómulo Gallegos con "Doña Bárbara" y "Pobre Negro"; Teresa de la Parra, la sutil buriladora de "Mamá Blanca" y de "Ifigenia", que se tronchó

como débil tallo de planta florida al soplo de la tisis, exclamando al morir, al preguntarle si quería una tacita de café: "Yo comeré una poquita de tierra", acordándose del popular modo de expresarse en su nativo suelo.

Gabriel Picón —Febres— hijo del antes nombrado— produce cuentos venezolanos y entresaca anécdotas y apuntes. Esgrime "Las lanzas coloradas" Arturo Uslar Pietri. Siento, en país tan fecundo, dejar en el tintero muchos nombres y entre ellos al que compuso "El Gallo Pelón" "La Señorita bien" y "Fango", Miguel Toro Ramírez.

José Rafael Pocaterra llamó la atención con sus cuatro tomos de "Memorias de un Venezolano de la Decadencia" que F. Laguardo Jaime llama "libro tétrico".

Pocaterra sufrió cárcel y destierro.

Su virilidad panfletaria recuerda las energías empleadas desde su infancia como aprendiz de zapatero e impresor.

Del Paraguay, del que el filósofo Barret auscultó su dolor, del Paraguay épicaamente desagrado, canta sus grandezas y narra episodios de epopeya el periodista Juan E. O'Leary. Se oyen todavía las palabras admonitivas del Dr. Cecilio Báez, que, como un paréntesis a sus labores de cátedra, historió la época del Dr. Francia. Atenciones al Chaco y a la reconstrucción nacional no han permitido el ameno solazarse en las letras. Quedan las ruinas de las famosas misiones guaraníticas y se pone empeño en civilizar al indio del Alto Paraná. Sus poetas, como Alejandro Guanes, a quien oficialmente se le designa como el primero por su valía, han vaticinado el resurgimiento de la agotada y heroica patria, que repitiera las hazañas del borrascoso período del Mariscal Francisco Solano López, según Héctor Francisco Decoud, que trató de la masacre de Concepción. Dice también que hay muy pocos novelistas, "entre los que podríamos mencionar a la Sra. Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá, a su esposo, si bien éste es argentino; al Dr. Stebanich que ha cultivado el género y no recuerdo a otro en este momento". De Teresa es la tradición del hogar llamada "Paichí".

En el Ecuador alienta un ejército de valientes jóvenes que cultivan la novela local y han alcanzado lauros. Acentuaron las pinceladas costumbristas de los viejos maestros que fotografiaran mañanitas campestres de empinadura del codo para matar el gusano, lidias de gallos, fiestas populares, cosas de la aldea y de los chagras. Dirigieron sus miradas a los habitantes de la serranía en las diversas comarcas, lo mismo al otavaleño limpio y ornamental, acicalado con mullos y abalorios, que al de lanza y plumas de la jibaría; lo mismo al peludo del páramo y la cordillera

que al que baja al poblacho a servir de huasicama o, si es mujer, en el curato de ponga. Novelas cortas se han preocupado del campesino, explotado por gamonales y curas, eterna víctima del alcohol o del priostazgo; del montuvio de la maraña tropical, bravo con su machete en el rancho circundado de peligros; del morlaco que teje sombreros de paja toquilla a precios irrisorios . . . . El barro de la sierra, la raza broncínea, el cultivador del huasipungo, el indio, en una palabra, ha sido la materia prima preferida para amontonar episodios que, por su dolor y magnitud dramática, serían dignos de la epopeya. Se han puesto de relieve, con sangrientas pinceladas, las luchas de los pueblos por disputarse el agua bienhechora; los horrores de la sequía, el espectro del hambre por falta de riego de los campos.

Aunque voy de paso, advierto que ya en otro sitio dediqué abundantes páginas a la novela nacional.

No he querido—ni tengo fuerzas para ello— esbozar la evolución de la novela en la América del Sur. Comprendo que faltan muchísimos nombres. Apenas he traído algunos, con determinados libros, en la rápida preparación de este ensayo conmemorativo, de condensación enumeradora.

Tiende todo a demostrar que Isaacs—aunque romántico fervoroso—fue realista en otros aspectos y contribuyó a la nacionalización de la novela americana, situándola en palenque propio y rodeándola de las excelencias del terruño. Quedará el marco brillante, por más que nuevas tendencias esfumen a la amorosa pareja, lo que sería deplorable. Siéntese en la actualidad agobiado el espíritu ante el dolor universal y la dura demostración de la vida. No se negará que el amor de hoy—pese a la poesía— tiene un tanto de respaldo económico, aunque se lo mire con valor y abnegación. Palanca del mundo es el amor; pero ¡ay! el punto de apoyo que pidiera Arquímedes es el oro. El psicólogo Mantegazza ha observado que el hombre para constituir su hogar no ha de proceder de distinto modo que las aves que con tiempo preparan el nido para sus polluelos.

Bello, sublime es el amor desinteresado, contemplativo, de encantadora espiritualidad; pero para conservar la comunión de las almas se requieren lucha constante, alteza de miras y, sobre todo, labor de firme, a fin de amasar con el sudor de la frente el pan cotidiano para la prole. Todo ello, en verdad, se consigue con el amor mutuo—base de la social armonía— pero nada es absoluto en la mísera existencia, cuando la poesía vuela únicamente por el cielo que se ha forjado y descuida el vigor del brazo para la defensa y la porfiada faena que asegurará la felicidad de la familia. Puluñen los románticos en buena hora; pero no los bohemios y fanta-

seadores que se encumbran, en alas de tenadora quimera, sin descender a los tortuosos surcos de la realidad y peonada a sembrar el grano productivo.

Isaacs mismo es el tipo del trabajador, del hombre de acción, del que batalla resuelto por sus principios radicales, del buscador de minas, del que realiza empresas prosaicas que tienden a aumentar el diario sustento.

Bogando en la tribuna congresil, defendió sus doctrinas con civismo. "María" fue su sueño; pero, en torno, cultivó la floresta de la patria y la quiso ver grande y verla libre.

Mentalmente ocupóse también en asuntos muy distintos de la poesía, al contar sucesos sobre la revolución radical en Antioquia, al inquirir pormenores acerca del Departamento del Magdalena, al estudiar las tribus indígenas; al ser Inspector del camino de Buenaventura, soldado, chacarero, descuajador de la selva en costa malsana, etc.

Consideró que otras atenciones reclamaban su energía de político y de tribuno. No se ha de intentar desconocer, por esto, que echó los cimientos del americanismo en literatura, no sólo en la parte pictórica, sino en la espiritual, inquiriendo el alma de su pueblo. Se juzgaría, sin este punto capital, que únicamente preconizó el nativismo o el regionalismo, que sólo apreció el conjunto geográfico y despertó, con el arte, el interés hacia determinada comarca. Hay más, el alma del paisaje se compenetra con la idealidad de los caracteres que analizara de cerca, con los tipos que le fueron familiares.

Emilio Prugoni, en su obra "La Sensibilidad Americana", anota el vandalismo estético de las escuelas nuevas, denunciando que son agresivas "Aparecen, grita, arrasando lo bueno y lo malo. Pero son, por eso mismo, como las tempestades que sirven para despejar el ambiente. Cuando pasan, ocasionan estragos dolorosos. Luego lo bueno de antes resurge, a pesar de ellas, y se junta o añade a lo bueno que ellas hayan podido traer".

Ojalá suceda esto, con la desorientación actual, y vuelva a su cauce amplio y sereno el arte, purificado ya, después de los abusos y las arrogancias. Hemos de velar por la propia casa, plantando en los jardines que nos pertenecen, no lo exótico, sino lo que es fruto de nuestro medio. "Si hemos de tener un arte propio, ha de serlo no tanto porque se distinga en sus modalidades exteriores, sino por que responda a las condiciones y necesidades históricas de nuestra existencia colectiva".

Los duros tiempos piden más miramiento por los problemas humanos. Así lo ha comprendido la juventud de México, que emplea sus bríos en el pensar noble y revolucionario, que apoya

sus ideas en el materialismo dialéctico. Se detiene a examinar los grandes conflictos de la hora. Se reúne en Congresos para enfrentar la lucha de clases, como lo efectuaron en Uruapán, como antes lo hicieron en la Asamblea de Tabasco. Símbolo de las urgencias contemporáneas es quizá su actitud a orillas del Cupatitzio en que desarrollaron su vigor juvenil, expusieron su fresco ideario, llenos de inquietud y de fe en la mejora social.

Sin duda por esto, expresó el revolucionario argentino Ernesto Giudici que "cada época tiene sus matices psicológicos inconfundibles: no se puede desconocerlos ni menos despreciarlos".

Vuelva el romanticismo como aurora de las almas, como un paréntesis en medio de la lid acerba, del odio político, de las irrupciones colectivas, del egoísmo desesperado, que intensifica el combate para el logro personal.

A pesar de las consideraciones que dejo sentadas, nos harían mucho bien —y no es paradoja— creaciones de la importancia espiritual de María.

Confesaba Max. Grilo que no obstante haber releído la obra maestra de Jorge Isaacs ya entrado en años, hubo de sentir tan honda tristeza, como en los días lozanos de su adolescencia. Su alma se conmovió a pesar de la amarga experiencia y pese al agotamiento del "divino tesoro" que cantó Dario.

"A pesar de que "María", dice, es un libro compuesto para enternecer a los corazones de veinte años, he vuelto a leer con cierta íntima "saudade" el idilio en donde Jorge Isaacs inmortalizó las figuras ingenuas de María y Efraín, poniéndoles por marco suntuoso el paisaje estupendo del Valle del Cauca".

Pulcritud de estilo, profunda conciencia del paisaje, pinceladas noblemente poéticas, delicadeza en las escenas, hasta en las campestres, en las que se insinúa el amor sensual de personajes de pobre educación, costumbres y voces que palpitan en la fértil región colombiana, han transformado a la novela en un poema para lectores universales y de diversas lenguas. Al encanto de la naturaleza, une el libro la más hermosa realidad y un momento de la vida que llega a todos los corazones. La fantasía corre parejas con la naturalidad, sacando verdaderos a los cuadros y a los personajes, cual si los hubiéramos conocido.

La raza soñadora del poeta contribuyó no poco a la brillantez del relato.

En la última conversación que sostuvo con Carlos Arturo Torres, admiróse el escritor y político del "orientalismo brillante, del panteísmo naturalista" de Isaacs.

—“Eso me viene— le contestó éste —por la raza”.— “En efecto, respondí —cuenta Torres— la sangre hebrea es fuente viva

de poesía que desarrollada en las brumas del Rhin produce El Cancionero, y bajo los bosques de palmeras del Cauca, produce María".

Mas, cosa extraña, su autor no la reputaba como su obra mejor. Creía que su "Camilo" valía más y le asignaba el valor "como de una epopeya colombiana".

La posteridad no ha confirmado el aserto. Las generaciones simpatizan más con María, libro que aunque amarillento por su romanticismo, anda aún lozano en manos de los colegiales.

Traducido a los idiomas cultos, da la vuelta triunfalmente el mundo de las letras, como legítima gloria americana. Faltaba ser vertido al portugués hasta que la erudita escritora brasileña Mari-la Torres puso a la novela en lengua de Camoens y la publicó en San Paulo.

---

Nota.— Me he servido para este ensayo de abundante bibliografía, de la que a veces he extractado sólo un nombre o una línea. Sería larga la lista de libros que comprueben tal labor.

## ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.**—Casa Editora de Juan I. Gálvez.—Quito, 1909.
- Vargas Villa** (Ojenda crítica de sus obras).—Imprenta del diario Ecuador.—1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.**—Talleres del diario "El Comercio".—1913.
- Algunas ideas acerca de educación.**—2a. edición.—Imprenta Municipal.—1915.
- Rodó.**—4a. edición.—Imprenta y Enc. Nacionales.—1917.
- El Ecuador Intelectual.**—Córdoba (Argentina).—Imprenta de Bautista Cubas.—1919.
- Tres poetas de la música.**—Imprenta de la Universidad Central.—Quito.—1921.
- La condesa Emilia Pardo Bazán.**—Imprenta y Enc. Nacionales.—1922.
- Juana de Ibarbourou.**—Imprenta Nacional.—Quito, 1921.
- Educación del Hogar.**—Imprenta "Editorial".—Quito.—1923.
- Motivos Nacionales.**—(dos tomos).—Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.—1927.
- Pinceladas de la Tierrauca.** Ensayo de Novela.—Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.—1928.
- Centenarios y Milenarios.**—Edición del Ministerio de Educación.—1931.
- Eloy Alfaro.**—(Epitafio biográfico).—Talleres Tipográficos Nacionales.—1934.
- Noiones de Literatura General.**—4a. edición.—Quito.—1934.
- El Ocaso de los Conquistadores.**—Imprenta Municipal.—1934.
- Quiteños Auténticos.**—Imprenta Municipal.—1934.
- Recuerdos de Quito** —La Tola.—Impreso por Néstor Romero.—Quito, 1934.
- Del Quito Antiguo.**—Imprenta y Enc. "Ecuador".—1935.
- A través de los Libros.**—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1935.
- Los Genios.**—Imprenta y Enc. "Ecuador".—1935.
- El Libro del Maestro.**—Ruta de la Escuela.—Imprenta y Enc. "Ecuador".—1936.
- Manuel J. Calle.**—Orientaciones Periodísticas.—Imprenta "Ecuador".—1936.
- En torno de la Prensa Nacional.**—Imprenta "Ecuador".—1937.
- Mujeres de España.**—La condesa Pardo Bazán.—Concepción Arenul.—Concha Espino.—Imprenta "Ecuador".—1937.
- El Niño.**—Notas de la Cartera de un Maestro.—Encuadernación Luz.—1937.

AGENCIA ORIENTAL DE  
COMERCIO Y FIANZA COMERCIAL